

# LA IGLESIA FRENTE A LA IDEOLOGÍA

*Rubén Calderón Bouchet*

## 1. La Iglesia y la Doctrina Revelada

Decía Fustel de Coulanges que la historia, cuando es mal conocida divide a los hombres, pero si se la conoce bien, puede unirlos. La dificultad para conocer bien la historia estriba, la mayoría de las veces, en la ignorancia, real o metódica, que se suele tener de las fuerzas espirituales que la transitan. Digo que esa ignorancia puede ser real y esto sucede cuando efectivamente el estudioso no ve un aspecto del amplio espectro del universo. Es verdad que el hombre nace en posesión de sus cinco sentidos y a poco andar adquiere el hábito de ver, oír, gustar, oler y palpar. El mundo sensible, de no encontrar un obstáculo patológico insalvable en nuestros registros, se revela muy pronto en todo su esplendor y hasta el más rudo de los hombres puede percibir con una agudeza, que suele faltar entre los mejor dotados para la vida espiritual.

Pero percibir como un hombre no es lo mismo que percibir como un animal y esto en razón de que los datos sensibles llegan hasta una inteligencia que los penetra, y más allá de la mera sensación alcanza el conocimiento de un orden inteligible que el mejor dotado de los animales no logra interpretar. Por desgracia o por suerte, nuestra inteligencia es dialógica y precisa un esfuerzo de mancomunidad para alcanzar su pleno desarrollo y este esfuerzo depende siempre de una variedad de casos y situaciones de tipo social e histórico que influyen decididamente en la calidad, en la penetración y en la riqueza de ese diálogo. Una sociedad de masas atenta al «slogan» publicitario y asediada por los sucesivos impactos de una distracción permanente, carece de

sosiego, de atención y de interés para desarrollar las energías espirituales capaces de hacer ver a sus hombres, no ya el carácter y el valor sacramental del universo, pero ni siquiera la trágica seriedad de nuestro destino temporal. La mirada que un hombre moderno eche sobre el mundo y sobre la historia no tendrá aptitud para observar nada que no discorra en la superficie de los fenómenos más ostensibles y ruidosos. No tiene oídos para el casto y silencioso rumor de lo divino.

Aún hay algo peor y es cuando no se ignora la existencia de una clara presencia espiritual, pero no se la toma en consideración porque el método adoptado para estudiar esa realidad, impide ir más allá del fenómeno y penetrar en los entresijos de sus causas más profundas. Así el método científico histórico quiere que los hechos sean examinados sin referencia a ningún principio extraño a eso que se considera el escueto dato testimonial.

Cuando se examina la historia política y las crisis sociales del siglo XIX y comienzos del XX, se suele prescindir totalmente de la presencia de la Iglesia y lo que todavía es más trágico, de aquello que la Iglesia sostiene y manifiesta: el Dios vivo cuya presencia mística es el fundamento de nuestra verdadera redención. Se la considera apenas como una institución sobreviviente de la Edad Media y que ya no tiene ninguna misión que cumplir en el proceso de una sociedad que ha decidido ser absolutamente profana.

Yo puedo admitir, al fin de cuentas soy un hombre de esta época, esa decisión del mundo moderno, pero como no he podido entrar en el juego del relativismo historicista me pregunto, con toda seriedad, por las consecuencias de esa decisión ¿Estoy tan seguro que Jesús no fundó la Iglesia para ofrecernos a través de ella el fruto salvador de la Nueva Alianza con Dios? ¿Estoy seguro de que ése fue un sueño o un simple modelo propuesto al hombre medieval para confirmar las puestas del poder político? ¿No será, como sugiere Marx, una superfetación ideológica del régimen feudal al que adhiero por una suerte de proclividad romántica?

Son preguntas que puedo hacerme con el simple propósito de ejercitar la duda y probar que una respuesta positiva

puede surgir de una fe, no necesariamente ingenua. Digo más; cuando se prescindie de la presencia de la Iglesia para comprender los movimientos efectivos, que marcan la espiritualidad nacida de la revolución, se decide dejar de lado la clave que permitiría una comprensión más profunda de esos acontecimientos, que no por oponerse a la Iglesia de Cristo, dejan de referirse existencialmente a ella para dar cuenta de su realidad.

La revolución se formó y se hizo contra la Iglesia. Este es un hecho que muchos católicos no quieren entender y afirmando, por cualquier razón desconocida, a la institución eclesiástica tratan de dar una explicación que les permita conciliar los ideales y las utopías modernas con los principios reales de la fe.

En una perspectiva que podemos considerar moderna, la doctrina social de la Iglesia fue un vano intento de contener el avance revolucionario en los límites de un orden político condenado a desaparecer. El progreso del democrático social, el avance técnico del capitalismo industrial, la necesidad de una justicia distributiva en consonancia con estos movimientos, no podía ser contenido en los marcos de una sociedad todavía rural, tal como la Iglesia decimonónica la concebía. Se debía admitir la vigencia de estos factores y ver cuál podía ser el papel de la Iglesia Católica en el seno de una sociedad pluralista, democrática y revolucionaria, sin condenar todo el proceso que llevaba en su seno las puestas modernistas.

Esto se dice fácilmente, pero las dificultades comienzan en cuanto aparece la intención de alcanzar una conciliación sin negar las posiciones de una u otra corriente histórica. A raíz de la disolución de la Obra de los Congresos, muchos sectores de la llamada Democracia Cristiana no aceptaron las consignas pontificias y anunciaron para marzo de 1905 la realización de una gran asamblea en Bolonia donde se discutiera el camino a seguir. San Pío X mostró su disconformidad y en una carta encíclica que lleva el nombre de *Il fermo proposito* anuncia a los obispos italianos cuál tenía que ser el papel de la Iglesia en ese momento de turbia confusión.

Recordaba que desde el comienzo de su pontificado, puso de manifiesto y con toda claridad, el carácter religioso y sobrenatural de la Iglesia de Cristo. Era la depositaria de un conocimiento revelado por Dios y por eso mismo, sustraído al tráfico de los cambios y los compromisos humanos. Ningún cristiano puede ignorar que la finalidad de la Iglesia era «*instaurare omnia in Christo*» y hacer que las almas de los creyentes puedan alcanzar la vida eterna.

Decía a los laicos que también ellos pertenecían al Cuerpo Místico cuya cabeza es Cristo y participaban, como los clérigos, en esa obra «de edificación del cuerpo de Cristo». Por esa razón tenían el deber «de acoger nuestras palabras, realizarlas, primero en sí mismo y colaborar eficazmente para que se realicen también en los demás, cada uno según la gracia recibida de Dios, según su estado y oficio, según el celo que inflama su corazón».

La Democracia Cristiana cedía fácilmente a la tentación de creer que el papel político de la Iglesia consistía en extender por todo el mundo los beneficios de su justicia social y colaborar así con el sentido de la historia que coincidía, amablemente, con los designios de la ideología democrática. El Papa creía más importante que los católicos se convirtieran en verdaderos apóstoles de la doctrina revelada y trataran de difundirla «con el ejercicio de las virtudes cristianas y con las obras de caridad y de misericordia espiritual o corporal».

No hay acción que pueda llamarse católica sin esa constante llamada a la realización del Reino de Dios. Reconoce la existencia de muchos bienes temporales que merecen la atención y el cuidado de la Iglesia, aunque su misión no está directamente ordenada a ellos. El objetivo sobrenatural del cristianismo hace que la búsqueda del Reino de Dios por encima de todas las cosas beneficie muchas instituciones naturales y las perfeccione con el vigor de las virtudes teológicas.

«La Iglesia al predicar precisamente a Cristo crucificado, escándalo y locura a los ojos del mundo, ha venido a ser la primera inspiradora y autora de la civilización; y la difundió por todos los territorios en que predicaron sus apóstoles, conservando y perfeccionando los elementos buenos de las

antiguas civilizaciones paganas, arrancando de la barbarie y educando para la convivencia civil a los nuevos pueblos que se refugiaban en su seno materno, y dando a toda la sociedad, poco a poco, es cierto, pero con paso seguro y siempre progresivo, aquella impronta tan sobresaliente que todavía hoy conserva en todo el mundo».

La modernidad ha puesto su énfasis en el fermento civilizador de la Iglesia y ha despreciado por obsoleto el impulso sobrenatural que daba vida al movimiento. Ha pensado que se podía vivir de los maravillosos frutos obtenidos, sin cuidar el principio que los animaba de lo alto. Con insano propósito ha tomado las virtudes formadas en el clima de la gracia y las ha lanzado sobre los fines naturales como si se pudieran mantener al margen de la existencia mística de Cristo.

El Papa insistía, una y otra vez, en el carácter sobrenatural de la gracia y sobre la necesidad que tiene el hombre de ser dócil a esa inspiración, incluso para alcanzar los beneficios del orden civil que muchos cristianos creen, erróneamente, que se pueden obtener sin el concurso de las virtudes teologales.

«Ante todo debe quedar profundamente arraigado en el corazón que el instrumento es inútil si no se ajusta a la obra que quiere realizar. La acción católica se propone restaurar todas las cosas en Cristo y por eso constituye un verdadero apostolado para honra y gloria del mismo Cristo. Para realizarlo acertadamente se requiere la gracia divina y esto no se da al apóstol que no esté unido a Cristo. Sólo cuando hayamos formado a Jesucristo en nosotros podremos más fácilmente comunicarlo a la familia, a la sociedad».

En el clima de disociación radical propagado por el triunfo progresivo de la ideología, el papel desempeñado por la Iglesia en el seno de la civilización, era cosa del pasado. La posibilidad sobrenatural de un Reino de Dios allende el tiempo histórico, una ilusión de la conciencia desdichada que el triunfo paulatino de la autoconciencia iba reduciendo a poco menos que nada. Con todo, el espíritu ideológico junto a sus formas más cabales de expresión, posee atenuaciones impuestas por una conciencia todavía atada a la atmósfera subyugante del cristianismo, Estas atenuaciones,

con sus matices subrepticios penetran en la mente de los verdaderos creyentes y llevan la confusión a sus espíritus; introducen en el lenguaje revolucionario algunas expresiones teológicas desprovistas de su contenido sobrenatural. Sobre esta confusión de la inteligencia volverá San Pío X cuando lance su condenación contra la democracia religiosa.

## 2. Valor eterno del Hombre

La Iglesia se apresuró a señalar una y otra vez, contra todo aquello que las ciencias positivas y la ideología podían decir, el valor eterno del alma humana y la absoluta seguridad de su destino sobrenatural cualquiera fuere el resultado de nuestra docilidad a la Gracia Santificante. El Cielo, el infierno y el purgatorio eran estados esjatológicos que pertenecían al elenco de las verdades reveladas y cuya enseñanza la Iglesia no podía eludir por mucho que asombrara a la mentalidad del hombre de ciencia. Los Papas y los grandes teólogos de la época comprendieron la dificultad de hablar un idioma impregnado de teología a un mundo que había decidido cortar los lazos sobrenaturales que lo unían a Dios y aún aquellos que podían ser reivindicados por el uso de la razón natural.

El mundo se cerraba sobre sí mismo en su irreductible finitud y el hombre era dentro de él un simple animal fabricante de utensilios. Su única gloria consistía en hacer más cómoda y llevadera su residencia en la tierra. Frente a semejante manera de pensar, el llamado de los Papas a fijar la atención en el valor infinito de las almas tropezaba, lógicamente, con la incompreensión de aquellos que estaban fuera de la Iglesia, pero también con la sutileza incrédula de los fieles que recibían sin defensas el sello deformador de la ideología y de la ciencia ¿Quién podía pensar en pleno triunfo del método experimental que el alma humana era creada por Dios en el proceso de su fecundación? Si una opinión de esta naturaleza hubiere sido propuesta en el seno de una reunión científica, me imagino la explosión de hilaridad de sus sabios concurrentes. No obstante siempre quedará de pie el razonamiento que la sostiene como una

conclusión difícilmente negable. Ninguna causa puede dar de sí más realidad que aquella que posee. Si el alma humana, destinada a la eternidad, tuviera una causa sólidamente adscripta a la finitud del tiempo no tendría en sí la virtud de un premio o una culpabilidad eterna.

Conviene señalar que la creación del alma humana en el proceso de la fecundación no es una verdad revelada, pero pertenece a la doctrina católica y no se la podría negar sin incurrir en un juicio temerario. El Papa León IX lo estableció así cuando propuso: «*Animan non esse partem Dei, sed ex nihilo creata et absque baptisinate originali peccato abnoxiam, credo et praedico. Hanc fidem Sancta Romana et Apostolica sedes corde credit ad justitiam et ore confitetur ad salutem*».

Esta fuerte opinión del Padre Santo fue esgrimida contra Frohschammer en el año 1862 cuando este buen católico, influido por los conocimientos de la fisiología naturalista, quiso sostener una doctrina en la que se trataba de armonizar la ciencia positiva y la metafísica. El resultado fue un adefesio tan complicado como inútil y que la Iglesia de su tiempo condenó sin más trámites. Decía Frohschammer que los progenitores producían el alma de sus hijos por creación propiamente dicha, aunque secundaria, de acuerdo con una virtud especial comunicada por Dios desde el origen del hombre.

El razonamiento por el cual se rechazaba la teoría de Frohschammer sostenía que no existía la menor huella de tal virtud confirmable por la experiencia: la fe no hablaba para nada de ella y repugna a la inteligencia pensar que la criatura pueda crear algo de la nada ya fuere como causa principal o instrumental. Por lo demás lo que se pone en tela de juicio, conforme a un impecable razonamiento ontológico, es que los elementos químicos fisiológicos de la generación sean capaces de provocar el advenimiento de una persona dotada de inteligencia y voluntad. De ser los padres los creadores de ese espíritu, la creación tendría que ser obra de la espiritualidad inteligente y voluntaria, lo que no es el caso.

Fue Pío XII, casi al promediar el siglo que vivimos, quien confirmó en su carta encíclica *Summi Pontificatus* la enseñanza tradicional de la Biblia de que el hombre fue creado

«a imagen y semejanza de Dios» y que en función de este origen «los ciudadanos de cada Estado no se nos muestran desligados entre sí, como granos de arena, sino más bien unidos en un conjunto orgánicamente ordenado, con relaciones variadas según la diversidad de los tiempos, en virtud del impulso natural y sobrenatural».

El destino del hombre es el goce de la bienaventuranza eterna en el Reino de Dios y cualesquiera fueren las formas de organizar de la sociedad civil, la Iglesia no podrá ver con ojos indiferentes que se aparte de ese destino obtenido gracias al sacrificio del Hombre Dios que ella administra y sostiene en el santo sacrificio eucarístico y propaga sobrenaturalmente en la vida sacramental.

Esta doctrina choca naturalmente con las pretensiones de las ciencias positivas y, en modo particular, con la voluntaria decisión de la ideología. Sostener el valor eterno de la vida humana en el preciso instante en que todos los hombres se volcaban hacia las preferencias mundanas, era dar muestra de una tozudez y un valor sublime. La Iglesia del siglo XIX sostuvo estas puestas contra la voluntad de eso que en buena teología se llama el mundo y lo hizo con gran sagacidad e inteligencia.

### **3. Orden natural y orden sobrenatural**

No es tarea fácil averiguar lo que el pensamiento moderno entiende por naturaleza y la dificultad aumenta si tratamos de conocer aquello que podría entender por orden natural. Indudablemente la noción de naturaleza tiene una irresistible tendencia a desaparecer de los intereses intelectuales de la época y sólo queda como un simple nombre para designar la generalidad de las cosas puestas a la disposición del hombre en eso que, de acuerdo también con la misma ley de inercia intelectual, se sigue llamando universo mundo, aunque hayan desaparecido de la inteligencia moderna, los motivos fundamentales para ser una y otra cosa.

Es sabido que la idea de naturaleza alcanza la plenitud de su significado cuando se inserta en el contexto de un orden universal y esto, de una manera particularmente más



fuerte cuando se trata de la naturaleza del hombre. En la concepción tradicional del hombre, tal como era concebida en el Mundo Antiguo y en la Edad Media, éste era visto desde la perspectiva del Espíritu Divino y representaba la cumbre de los seres vivos: una imagen de Dios que coronaba toda la obra de la creación y que estaba interiormente referida a un orden cósmico: tierra, agua, aire, sustancias nutritivas, estructura inteligible del mundo y su significación trascendente. Todos los movimientos del alma, de los más rudimentarios a los más nobles, se explicaban en función de objetivos precisos adscriptos a la realidad circundante. La inteligencia era concebida como una potencia que la intrínseca racionalidad de las cosas actualizaba en el acto del conocimiento y tomaba conciencia del orden universal. El camino natural del espíritu humano era alcanzar la causa a través de su inserción cognitiva en el mundo.

El racionalismo moderno, sin negar la existencia de un orden cósmico, lo redujo primeramente a la simple proporción de un mecanismo y explicó la relación fundamental del hombre con el mundo, como una suerte de adecuación programada entre fenómenos de idéntica alcurnia.

«El fenómeno humano –escribía Ernesto Haeckel– como fenómeno natural, como proceso físico condicionado por los cambios químicos en la materia, sometido a las leyes del universo» es un elemento más de la materia. Está regido por los mismos principios que los otros cuerpos y forma parte del mismo mecanismo, con los mismos límites y las mismas vicisitudes.

Esta imagen del hombre sostenida por el racionalismo clásico de inspiración cartesiana, sufrió una grave derrota cuando se descubrió el carácter antroponómico del mecanismo universal y se buscó en las formas «a priori» del sujeto cognoscente el valor y límite de la objetividad.

Se dará un paso más adelante cuando se acentúe el valor activo del sujeto y se disuelva en la «inmanencia» las leyes naturales, las sustancias, los valores y las esencias. Entonces no habrá cosmos ni ordenamiento de las disposiciones naturales a un orden objetivo: el hombre es libertad, subjetividad, proyecto.

La Iglesia reivindicó en todo momento la idea clásica del hombre, el animal racional que la antigüedad había sostenido y que la filosofía de Aristóteles había acuñado en fórmulas de una precisión intachable. Santo Tomás retomó la concepción de Aristóteles y la pensó a la luz de las verdades teológicas. Ese hombre naturalmente ordenado al conocimiento de Dios por la mediación del cosmos sensible, estaba por Gracia dispuesto a una participación viviente en el misterio íntimo de la Trinidad Divina.

En tanto parte principal del universo sus apetitos y sus facultades tenían natural disposición a buscar su plenitud en los órdenes objetivos del mundo natural, fueran ellos físicos o metafísicos. Como creatura redimida su dispositivo anímico natural estaba intrínsecamente perfeccionado por la fuerza de la gracia en sus tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, cuyo asiento en la inteligencia e en la voluntad del hombre hacía que estas facultades fueran ahora movidas por las instancias de una inspiración sobrenatural.

Esta situación del cristiano abría para él la posibilidad de un nuevo ordenamiento de la vida y, si así se quiere, de una vida más alta y perfecta que asumiendo la totalidad de su naturaleza la colocaba en el seno de una realidad que estaba, por su alcuernia, por encima de ella.

Cuando el pensamiento de inspiración ideológica, constructivista y demiúrgico abandonó por obsoleta la noción de naturaleza, la Iglesia no sólo reivindicó su existencia sino que reclamó, con fuerte énfasis, el retorno a una visión tradicional del hombre y a la segura distinción entre orden natural y orden sobrenatural, para alcanzar una mejor comprensión de su realidad tanto en la teoría como en la praxis.

#### **4. La físis social**

Si hay naturaleza humana existe el fundamento para reconocer la vigencia de principios prácticos que respondan a sus movimientos fundamentales. La sociedad civil no se puede modelar de cualquier manera ni obedece en su constitución a los impulsos desatados por una utopía. Hay una sociedad del hombre y ésta, dentro de ciertas libertades

contingentes, responde a los reclamos naturales y a las exigencias de condiciones, que si varían algo con el tiempo y las circunstancias, mantienen siempre la impronta imborrable de su humanidad. La sociedad humana es un orden moral, necesariamente jerárquico y que tiende a fundarse en las autoridades históricamente reconocidas; pretender fundarle en la voluntad de una mayoría de sedicentes iguales sería una simple ilusión, si no fuera una mentira artera que, manejada por bribones, pone todo el poder social en las manos irresponsables de una oligarquía revolucionaria.

¿Son compatibles con la naturaleza humana los principios revolucionarios de igualdad y libertad, tales como fueron propuestos por la Revolución Francesa?

Si se miden los esfuerzos de la Iglesia para poner orden y claridad en todas estas nociones usadas por la ideología, por su efectiva vigencia en el proceso seguido por nuestra civilización, el resultado es bastante magro. La revolución ha seguido su cauce y mediante sus dos pinzas dialécticas: la sociedad capitalista y la subversión comunista, ha logrado meterse en el seno mismo de la Iglesia llevando confusión a su doctrina. Lo que se llamó la doctrina social de la Iglesia ya no es sostenida por la Jerarquía. Los últimos documentos que tratan de la democracia, la libertad y la igualdad coinciden turbadoramente con los «slogans» publicitarios de la ideología.

Pero a fines del siglo XIX y los comienzos del que transcurre, la presencia en el trono de San Pedro de pontífices verdaderamente fieles y lúcidos, permitió al magisterio perenne arrojar una viva claridad sobre lo que estaba ocurriendo.

Para tomar el problema en su raíz y plantearlo brevemente en la forma en que lo expuso la Iglesia, conviene recordar que no hay naturaleza sin un Dios que la sostenga en sus principios dinámicos y de acuerdo con una distribución jerárquica establecida de una vez para siempre. El reconocimiento de la existencia de Dios y el sometimiento a sus mandatos naturales y religiosos, es el primer paso de la sabiduría cristiana y el que asegura el orden de la vida individual y social. Dios es la primera autoridad reconocida y la fuente perenne de donde toda autoridad emana. Fue el creador de la primera pareja y por ello de todas las familias, sociedades

y pueblos. Su autoridad está inscrita en el fuero íntimo de todos cuantos aceptan su potestad, tanto en la adhesión de la fe, como en la aceptación de los mandamientos administrados y enseñados por la religión.

Todos los hombres están, de hecho, bajo la autoridad de Dios y no pueden poner límites o condiciones a ese gobierno sin destruir el orden que El ha establecido. Es un error que se puede cometer de acuerdo con la libertad que El nos deja, pero una vez rota la relación de obediencia que nos liga al Creador, todo principio de autoridad desaparece y las instituciones sociales entran en franco proceso de disolución. El hombre no obedece al hombre y cuando trata de fundar un orden social sobre las frágiles bases de un contrato puramente humano, entra en el proceso disociador que hemos llamado revolución.

La revolución cuando niega la autoridad de Dios separa al hombre de la fuente viva de donde la autoridad discurre y lo desliga, lógica consecuencia, de todos los órdenes a los que se encuentra existencialmente vinculado por el doble lazo de la naturaleza y la religión. Decía León XIII en su *Inmortale Dei*: «Se aparta de la norma enseñada por la naturaleza todo Estado que permite una libertad de pensamiento y de acción que con sus excesos puede extraviar impunemente a la inteligencia de la verdad y a las almas de la virtud. Error grande y de muy graves consecuencias es excluir a la Iglesia, obra del mismo Dios, de la vida social, de la legislación, de la educación de la juventud y de la familia».

Concluía el Padre Santo: «Sin religión es imposible un Estado bien ordenado». Esta afirmación enseña, desde la cátedra de Pedro, que la naturaleza humana no fue totalmente abandonada a los impulsos de su espontaneidad. Dios mantuvo con el hombre un pacto de alianza, repetida con Adán en el Edén y fuera de él, con Noé, con Abraham y con Moisés y por último consumado en su última perfección por el sacrificio redentor de Nuestro Señor Jesucristo. La consecuencia inevitable de la doctrina pontificia era el carácter intrínsecamente perverso de una ideología que pretendía construir la ciudad del hombre, no solamente al margen de la religión, sino positivamente, sobre su negación formal.

En su *Inmortal Dei* León XIII proclamaba que la Iglesia no podía aprobar una libertad que llevaba al desprecio de las leyes santísimas de Dios y a la negación de la obediencia debida a la autoridad legítima, llamaba a una libertad de tal naturaleza «libertad de perdición» tomando la frase de Agustín y reforzándola con un juicio de San Pedro que calificaba esa libertad como si fuera un «velo de malicia».

Todavía no se discernía bien el sesgo profundamente antisocial de la ideología. Se estaba en la etapa de discutir sus propósitos sin poder examinar los frutos de su actuación. Con todo, el Magisterio advertía con suficiente claridad que allí donde la ideología lograba meter su influencia el resultado inmediato era la destrucción de la autoridad que liga desde dentro y ésta no puede ser reemplazada sino por una fuerza que reduzca los elementos dispersos por la coacción de la violencia. La tiranía tenía que ser el corolario de una libertad perversa.

La formalidad del orden social está constituida por los juicios prudenciales emitidos por aquellos que la componen y determinan aquí y ahora lo que se debe hacer. Este juicio prudente no brota de un sujeto en cuyo dinamismo moral no exista el reconocimiento de la íntima presencia de Dios. La Iglesia ha sostenido siempre que allí donde la religión desaparece vacila la firmeza de la conducta, se oscurecen los principios morales y se desprecia el orden jurídico establecido por una autoridad a la que se le niega competencia.

San Pio X en *Notre Charge Apostolique* decía que cuando se predica la fraternidad entre los hombres, sin insistir en la caridad, se crea el falso optimismo de una unión que en vez de ser un progreso constituye «un retroceso desastroso para la humanidad». Nada positivo se puede realizar en el camino de la civilización sin la necesaria unión de los espíritus en la verdad: «La unión de las voluntades en la moral, la unión de los corazones en el amor de Dios y de su hijo Jesucristo. Esta unión no es realizable más que por medio de la caridad católica la cual es, por consiguiente, la única que puede conducir a los pueblos en la marcha del progreso hacia el ideal de civilización».

## 5. Ciencia política y tradición eclesiástica

Lo hemos dicho en más de una oportunidad, la Iglesia sabía muy bien que los factores adversos conjugados contra su doctrina en esa época de confusión, hacía difícil para el hombre formado en las ciencias y el prestigio de la ideología, la comprensión de su verdadero papel en la historia. Pero en ningún momento los Papas creyeron conveniente modificar su lenguaje con el pretexto de adecuarlo mejor a las exigencias del momento. No dudaron un instante sobre la importancia que tiene una lengua bien hablada y aconsejaron una y otra vez, el retorno a los estudios de Santo Tomás de Aquino para aquilatar, en la frecuentación de sus vigorosos argumentos, el valor de las razones bien expresadas. No se rindieron al prestigio del historicismo hegeliano, ni se abandonaron al juego alucinante del evolucionismo científico. Las palabras de Dios y sus verdades salvadoras son siempre las mismas y aunque las condiciones de la historia coloquen a los hombres en situaciones distintas, estos deben dar una respuesta invariable a las proposiciones del Espíritu Santo.

La política fue y sigue siendo una ciencia práctica. El planteo de los sociólogos y los politólogos que consideran esta actividad bajo la óptica deformante de la ideología, no puede cambiar la naturaleza de su realidad. Su fin es ordenar la vida del hombre en la ciudad y esta faena no puede prescindir de los bienes para los que hemos sido creados. Pensar de otra manera es contrario a la fe y la naturaleza e instalar una enseñanza que se opone a la revelación divina y, al mismo tiempo, destruye los fundamentos morales del orden político. Pío X en su condenación a la Democracia Cristiana del movimiento de *Le Sillon* lo decía con palabras que parecen especialmente escogidas para destruir la idea de la «autoconciencia» como finalidad de la evolución política.

«Según *Le Sillon* –argumentaba el Padre Santo– el hombre no será verdaderamente hombre digno de ese nombre, más que en el día en que haya adquirido una conciencia luminosa, fuerte, independiente, autónoma, pudiendo prescindir de todo maestro, no obedeciendo más que a sí

mismo y capaz de asumir y cumplir sin faltas las más graves responsabilidades. Grandilocuentes palabras con las que se exalta el sentimiento del orgullo humano; sueño que arrastra al hombre sin luz, sin guía y sin auxilios por el camino de la ilusión, en el que aguardando el gran día de la plena conciencia será devorado por el error y las pasiones» (*Notre Charge Apostolique*).

Se pregunta San Pío X, no sin cierta ironía: ¿Vendrá ese día alguna vez? ¿Es que los santos que han llevado la dignidad humana a su apogeo, tenían esa pretendida autoconciencia?

Sabía el Padre Santo que para alcanzar esa dignidad ilusoria se imponía cambiar la naturaleza humana. ¿Está esto al alcance de *Le Sillon*, de la ideología marxista o de los teólogos de la liberación?

La ideología tiene como pretensión fundamental cambiar el rumbo y la esencia de la ciencia política transformándola en un arte para alcanzar, consolidar y conservar el poder. Se convierte así en una suerte de ingeniería policial con el confesado propósito de obrar sobre la psique y adaptarla a las exigencias del Leviatán. Es verdad también que esa transformación es concebida como un proceso de evolución progresiva adscripto a la especie humana y por su carácter espontáneo y necesario, dependiente de la naturaleza. La organización policial de la política se reserva el papel de una astucia de la razón, o artilugio, para hacer posible el parto del hombre futuro, removiendo de su sendero ascendente las dificultades que nacen de los intereses creados, de los prejuicios y de la división de la sociedad en clases.

Si se rastrea con alguna atención se observará que, con distintos léxicos y sobre la base de diferentes aparatos notionales, esta idea se encuentra en Rousseau, Kant, Hegel y Marx. Esto prueba una vez más que la ideología es una sola y discurre conceptualmente en el proceso de ese juego intelectual que los modernos llaman filosofía. Si estos principios se encuentran actualmente mezclados con el magisterio de la Iglesia es por la influencia que ha ejercido la herejía modernista al infiltrarse en las cátedras de teología.

El bien común, causa final del orden político, es al mismo tiempo el mejor bien de la persona considerada singularmente y esto aparece de un modo claramente discernible si se considera atentamente el movimiento específico del ser humano. La ciudad, por mucho que difiera en sus concretas realizaciones históricas, es siempre un orden de bienes cuya finalidad es la perfección que podemos adquirir en este mundo cuando todos nuestros actos son educados por las autoridades naturales y religiosas conforme al ritmo histórico marcado por la herencia.